

# Sería un error regresar a donde nos quedamos en marzo 2020

Por Valeria Estefanía Troya  
(valetroya@edpsych.org)



Nadie estaba preparado para lo que venía a finales de marzo 2020. Nadie se imaginó el shock que todo el planeta estaba a punto de atravesar. La rapidez y angustia con la que escuelas, colegios y universidades cerraron, la restricción de la libertad, la imposición del estado de cuarentena, el corte abrupto de las actividades diarias, la pérdida de empleo y las incesantes noticias perturbadoras podrían ser descritas con una sola palabra: trauma.

En efecto, el mundo entero ha sido testigo de uno de los eventos más traumáticos del siglo XXI, y nuestros niños y adolescentes no son la excepción. La pérdida por la que han atravesado nuestros estudiantes no puede pasar desapercibida.

Muchos de ellos han perdido seres queridos, pero todos han perdido su rutina diaria, la cual traía de una u otra forma estabilidad emocional, mental y económica; han perdido la oportunidad de relacionarse y compartir con sus amigos y profesores; y han perdido la oportunidad de continuar aprendiendo y, en muchos casos, soñando.

Lamentablemente, muchos de estos estudiantes han sido también víctimas y testigos de abuso,

*Tendremos la oportunidad de volver a pensar en cómo hacemos educación, y tal vez por fin enfocarnos en lo que siempre debimos haber hecho: fortalecer relaciones*

maltrato, negligencia y violencia doméstica, además de los riesgos que significa estar expuestos a internet, sin dejar de mencionar la sensación de angustia, ansiedad y falta de control que nos ha traído este enemigo invisible llamado Covid-19.

Los eventos sucedidos en los últimos seis meses tienen el potencial de dejar en nuestros niños y adolescentes cicatrices emocionales que posiblemente permanecerán a lo largo de su vida. Corremos el riesgo de que toda una generación desarrolle problemas mentales a corto y largo plazo... a menos que actuemos ahora.

Tal como ha señalado el secretario general de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, innumerables niños y adolescentes están expuestos a más riesgos al quedarse en casa que en ir a escuela y colegios. Por lo tanto, los adultos –padres, profesores y el gobierno– tenemos la responsabilidad de salvaguardar la integridad física, mental, emocional y económica de toda una generación, como nunca antes se ha visto.

Más tarde o más temprano, nuestros niños y adolescentes van a tener que regresar a los planteles educativos. Será responsabilidad de los docentes, pero también una oportunidad de oro, el amortiguar el trauma que muchos estudiantes traerán consigo a las aulas.

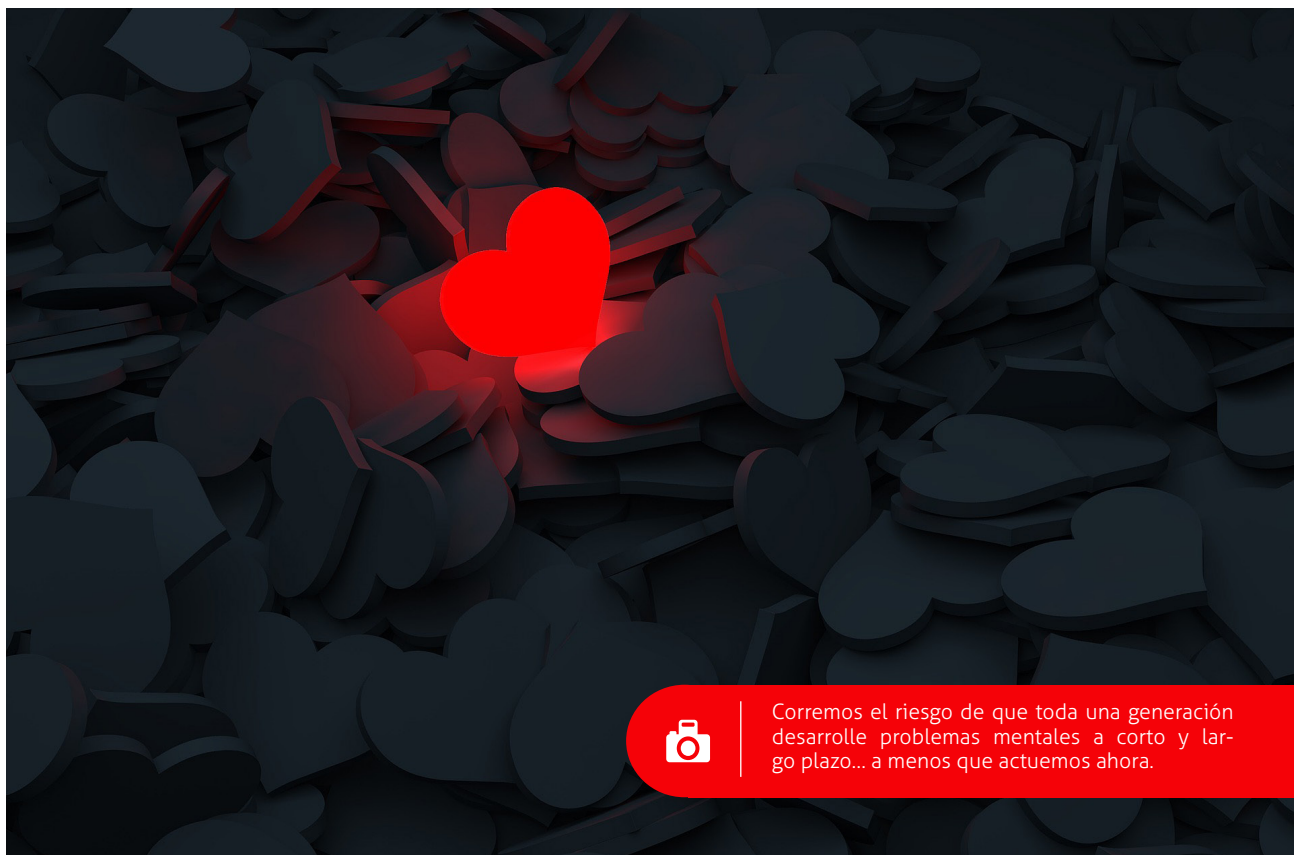
Tendremos la oportunidad de volver a pensar en cómo hacemos educación, y tal vez por fin enfocarnos en lo que siempre debimos haber hecho: fortalecer relaciones, enseñar que el respeto, la solidaridad, la honestidad y la

felicidad son ingredientes tan o más importantes en una sociedad que el desarrollar habilidades de lectura, escritura y matemáticas.

Que el aprendizaje, cuando está centrado en el alumno, es más exitoso, y que el juego es la base de toda exploración que lleva a un aprendizaje significativo y vivencial.

Entonces, cuando regresemos a las aulas, sería un grave error buscar igualarnos en el currículo académico que dejamos a finales de marzo. Las materias y las notas pueden y deben esperar.

Ahora, cuando nos volvamos a juntar, empecemos por dar a los niños, adolescentes y docentes la oportunidad de sanar, de perder el miedo de compartir y de sentirse seguros otra vez; ya que, al fin y al cabo, un cerebro agitado y un corazón angustiado es un estudiante que no aprende.



Corremos el riesgo de que toda una generación desarrolle problemas mentales a corto y largo plazo... a menos que actuemos ahora.